

Madre, mírame

Miguel Monte Real



Madre, mírame

Miguel Monte Real

CAPÍTULO 1

Madre, mírame

la confusión y la mirada — ser visto antes de ser nada

Yo no sé qué sueñan los no nacidos.

Encadenados a la retina

de lo invisible,

deletrean impávidos el repicar de la lluvia en las ventanas.

Les siento como almas de días enteros,

agotados de sombras:

miden su tiempo en los ecos sonoros del agua.

Ver, oler, palpar, gustar,

sonidos que arrullan sentidos.

Y juegan entre ellos a definir la realidad,

solapándose,

acunando la noche perpetua

en imágenes imposibles.

La Plaza de los Pasos Perdidos

El otro día tuve un sueño extraño.

Soñé que me encontraba en una calle cualquiera, en una ciudad cualquiera. La calle era estrecha, flanqueada por edificios antiguos con balcones enrejados. La gente caminaba deprisa, deteniéndose de vez en cuando ante los escaparates. No debía ser muy tarde, aunque ya la noche había caído, pues los comercios bullían de clientes ultimando sus compras. Comenzaba a ascender la calle, mientras admiraba la frenética actividad en torno mío. No pude menos que imitarles, acelerando el paso hasta adecuarme al río de personas que subían y bajaban absortos en sus pensamientos. Aquí una tienda de flores, allí una de regalos. De vez en cuando, pequeños retazos de humanidad como luces de flashes: el lloro de un niño; el callado tintineo de una moneda en el cepillo de un mendigo; el pulso de una anciana regando las plantas de su balcón.

Muy deprisa, adelante. Seguía avanzando ajeno a cualquier distracción, como aquel que espera encontrar lo mejor al final del camino. Sin previo aviso, en un instante, la calle desembocó en una plaza. El ruido ensordecedor dejó paso a un silencio expectante. En aquella plaza no había nadie. Tan sólo la torre del reloj se erguía como una sombra espectral. Caí en la cuenta inmediatamente de que el reloj no tenía agujas, ni tampoco indicaciones para las horas. Un letrero gris en la base de la torre con una leyenda: «Plaza de los Pasos Perdidos».

Comprendí que me encontraba solo, y se me había acabado el tiempo. Ya no podía avanzar más. Estaba atrapado en un lugar sin portales ni esquinas, sin salidas ni entradas, sin vuelta atrás. Recordé la calle abarrotada. Deshice con nostalgia mis pasos intentando mentalmente saborear la vorágine de acontecimientos pasados. Un objetivo difuso me había impedido detenerme en ellos, darles la importancia que realmente merecen y dedicarles un breve tiempo que ahora no poseo. Nada tengo en mis bolsillos. Nada puedo ofrecer y compartir con estas manos vacías, antes apretadas en el fondo del abrigo.

Despierto sudoroso encima de las sábanas. Y miro. Aún es temprano, pero ya no puedo dormir. Una ducha rápida y preparo el desayuno. Ante el café humeante, doy gracias por haber visto mi Plaza de los Pasos Perdidos antes de que se me acabe el tiempo.

Es hora de salir a la calle.

* * *

Detenerse y mirar es ya un camino de amor para otros. La indiferencia y la costumbre son tierra húmeda que ahoga nuestros pasos. Cuando la mirada se abre, el corazón empieza a latir.



CAPÍTULO 2

Madre, óyeme

escuchar, reconocer la voz pequeña

Soy pequeñito, a veces ínfimo.

Hace falta fijarse en mí.

*Como todo lo pequeño,
corro el riesgo de pasar desapercibido
entre las cosas del mundo.*

Yo te pido por favor, mamá...

*razón para que me conozcas,
voluntad para que me esperes,
corazón para que me quieras.*

Estoy en tus manos.

Noche en vela

*Esta soledad que se oculta
en el silencio.*

*Este pulso en mis venas
que no deja de gritar.*

*La palabra de mis noches en vela,
el quejido de la puerta
que abre y cierra sin parar.*

*No puedo, no quiero,
olvidate de mí,
deja de decir mamá.*

*¿Qué irrumpe en los vericuetos
de mi vida?*

*¿Quién se atreve a torcer
mi voluntad?*

Amar en tiempos de cólera

Quería que me dejases en paz. Entraste sin llamar; eras como un intruso del que no conseguía desembarazarme. Quise gritar al enterarme de tu presencia. Pudiste escuchar uno a uno mis reproches. Todos me daban la razón y yo no podía ocultar mi ira hacia ti.

No sé cómo pude hablar contigo esa noche, a solas, hasta que el amanecer tiñó de oro la madrugada; no sé qué aventuras me susurraste; no sé qué promesas imposibles de cumplirse. Y, sin embargo, llamaste a la puerta de mi corazón y te puse nombre.

Sí, hijo mío, tú me enseñaste a amar en tiempos de cólera.

* * *

El silencio puede ser muralla, desierto o juicio. Pero no hay muro tan alto, ni vacío tan extenso, ni condena tan penosa que importe, si alguien te espera. Y ese alguien no pide más que un oído abierto para escuchar su música —un ratito—, la atención mínima suficiente para que comprendas.



CAPÍTULO 3

Madre, compréndeme

el asombro de lo pequeño y frágil

*Veo ángeles pequeñitos en estas noches de verano,
jugando a ser brizna de hierba
o granito de arena.*

Cómo jugar a ser brizna de hierba

Lo primero que hay que hacer (me lo han soplado unos angelitos) es tumbarse en el suelo muy relajado, boca arriba. Los brazos extendidos y las piernas separadas. Luego hay que cerrar los ojos despacito, despacito, y concentrarse. Tienes que creer firmemente que vas a convertirte en brizna de hierba por un rato. ¿Prefieres granito de arena? Vas sintiéndote cada vez más ligero, más frágil, como si de repente tu cuerpo empequeñeciese.

Sí, eso es. Ahora notas una sensación casi de ingravidez. Lo estás consiguiendo. Eres tan minúsculo que apenas eres ya visible a los ojos de los demás. Un puntito encima de la alfombra. Una mota de polvo en el suelo. Como si de una regresión se tratase, vas limitando también tus pensamientos, concentrándote en el puro y sosegado placer de aquel que

abre por primera vez sus ojos y se asombra. No hay responsabilidades ni problemas. No hay culpa, ni daño, ni falta. No hay vestigios del pasado, ni recuerdos que empañen lo que empiezas a sentir. Lo esencial es tu nueva naturaleza, que se presenta plena de sensaciones nuevas y huérfana de problemas mundanos.

Mirando desde aquí abajo —si pudiésemos ver— nos abrumba la complejidad y confusión de lo que hemos dejado arriba. ¡Quedan allí tantos sinsabores y penas! ¡Tanto tiempo regalado al ocio, al trabajo y a la distracción! Todo queda allí arriba y a ti ya no te importa nada.

Es curioso cómo se aprecian las cosas desde aquí. En primer lugar, el movimiento: estamos a merced de los elementos. No somos autónomos a la hora de trasladarnos a cualquier sitio y dependemos de la voluntad caprichosa de algo ajeno. Por otra parte, hay una cierta sensación de indefensión ante cualquier adversidad. Parecemos tan ínfimos que cualquier cosa puede alterar o destruir lo poquito que somos. ¿Te he dicho que cierres los ojos? Sí, tampoco ves, pero no te hace ninguna falta. Te estás transformando en una brizna de hierba y de lo único que has de preocuparte es de sentir el viento, y crecer sano y fuerte.

Ahora es cuando el entorno te habla. Los sonidos despiertan sentidos que permanecen ocultos en otras condiciones. El oído se agudiza, el olfato sugiere matices inexplorados, la vista mira a través de las cosas. Aprendes en un instante a mimetizarte y a jugar en el cálido sitio donde te encuentras, a gozar del sincretismo de las pequeñas cosas que puedes abarcar y el susurro gorjeante del agua.

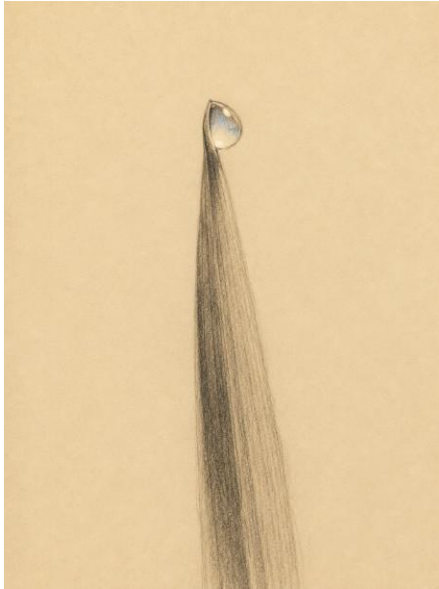
Eres una brizna de hierba.

Y ahora te das cuenta de que las cosas pequeñas y sencillas son las que verdaderamente importan. Y del valor extraordinario que poseen. Nada como jugar a ser brizna de hierba —o granito de arena, qué más da— para valorar aquel momento en que fuiste algo semejante:

Un pequeño embrión que jugaba, asombrado en su reducido entorno, a hacerse mayor.

* * *

*Si has comprendido el secreto extraordinario de las pequeñas cosas,
entonces entre nosotros ya se puede contar la verdad: estoy contigo, ¡me
gustaría tanto que me conocieras!*



CAPÍTULO 4

Madre, conóceme

descubrir lo invisible que ya habita dentro

*Soy arena de roca,
silicio gris que guarda
celoso todo lo que toca.*

*Aquí, en el suelo,
vivo rodeado de naturaleza muerta
y no me doy cuenta
que soy una sombra de mí, estanca
e impermeable al murmullo del agua.*

*Un día, sentí otros ojos
y busqué sorprendido la razón
por la que ves una gema tallada,
una transparencia de amor,
al abrigo de tu mirada.*

*Mi vida ya es Vida;
siento mi materia preñada de alma.*

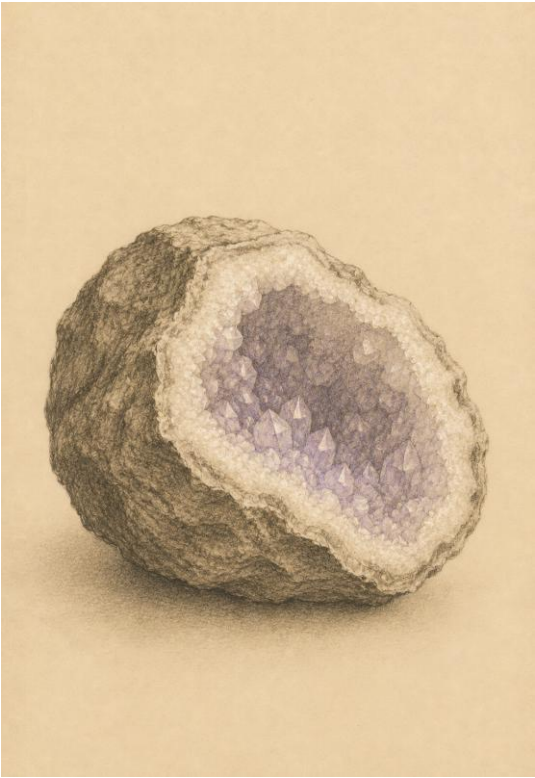
Ella y él

Leía la prensa en un agradable café. Una chica joven hablaba con su novio en la mesa de al lado. Discutían sobre si era conveniente seguir con el incipiente embarazo. Él decía que era una locura. Ella quería continuar adelante. Él argumentaba una retahíla interminable de inconvenientes. Ella le miraba angustiada porque todavía no había tomado una determinación. Él hablaba del amor de los dos y lo bien que estaban juntos. Ella callaba teniéndoles muy presentes a los dos. Él la cogía de la mano mientras apuraba el capuccino, con cierto aire indiferente.

Ella, levantando la vista, miró a través de él. Y vi en sus ojos una decisión que solo ella conocía.

* * *

Ignorar aquello que conoces no cicatriza las heridas. Cada tarde de lluvia abre la posibilidad de que vuelvan con su puntito de sal. Me gustaría que me cogieras de la mano, y pedirte perdón, mamá.



CAPÍTULO 5

Madre, perdóname

el pasado, el daño, la posibilidad de mirar adelante

Te pido perdón, mamá.

Valorar lo invaluable.

Franquear lo infranqueable.

*Arrojar al mar la piel que me perfuma;
a merced del olvido mi abrigo de terciopelo azul.*

*Barrer la arena, llenarme de espuma,
contar mariposas de cristal a media luz.*

*Apoyar mis brazos en el alféizar de la luna
y dejar un ratito de ser yo, para ser tú.*

Agenda

*Según transcurren los días,
más rápido pasan los años.
Mirar atrás en mi agenda
es revelar de nuevo mis pasos:*

*aparece esa foto tuya y mía,
plastificada con mucho cuidado;
¿Será posible? La había olvidado
en el rincón más solitario.*

*Luces que pálidas juegan
con las sombras de días amargos;
ironía de mi soledad,
yo que estoy siempre acompañado.*

*Por mucho que transcurran los días,
por muy rápido que pasen los años,
no puedo borrar lo ya escrito,
no puedo cambiar el pasado.*

*Hoy tengo
(como ayer, igual que todo el año)
la agenda muy ocupada,*

llena de páginas en blanco.

Veinte minutos

Ya no recuerdo el momento en que mi vida dejó de interesarme. Otra estación más. El tren chirría al frenar como si anticipase la agonía de un muerto. Aprovecho para hundirme en el fondo del vagón mientras salen y entran, e intento enfrascarme de nuevo en la insípida novela.

—Hola, Eduardo.

—Ana... ¿eres tú?

—¿Cómo estás?... Uff, ¡cuánto tiempo!

—Sí, hace más de quince años que no sé nada de ti.

Una sombra de tristeza cruza veloz por sus ojos azules.

—No has cambiado.

—Sí, Ana..., sí he cambiado. Cuéntame... ¿qué es de tu vida?

—Bueno... las cosas al principio fueron complicadas, pero poco a poco conseguí hacerme un sitio en otra ciudad, acabé la carrera y logré trabajo en una guardería.

—¡Lo conseguiste! Me alegro mucho por ti. ¿Tienes... pareja?

—Sí, tengo pareja desde hace algún tiempo y una hija. ¿Y tú?

—Me casé hace cinco años, pero aún no tenemos críos.

No nos costaría nada recuperar aquella complicidad de cuando éramos amantes.

—Ana, dame una dirección, tu número de teléfono...

—No, esto ha sido una casualidad que no debemos repetir.

—Sí, tienes razón, perdona. Supongo que no sería buena idea.

—La última vez tuve que irme... pero yo nunca he podido olvidarte.

Adiós, Eduardo.

El tren se detiene solo para nosotros. Es hora de dar un paso adelante y no mirar atrás.

—Adiós, Ana.

Noto su mirada clavándose en mi espalda mientras se cierran las puertas de un golpe. Oigo un susurro que se hace cada vez más fuerte:

—¡No he tenido valor, Eduardo!

—¿Qué?...

La miro de frente. La siento a través del cristal y veo como sus ojos se llenan de lágrimas. El tren acelera.

—¡Aún no he confesado a mi hija quién es su padre! —grita Ana.

*Sus últimas palabras flotan en el aire antes de que el tren desaparezca
en la oscuridad.*

* * *

*El pasado queda atrás con ínfulas de permanencia, y a veces, se cree eterno.
El presente es ahora y usa una herramienta poderosa: perdonarse. Quien
se perdona, ama y protege.*



CAPÍTULO 6

Madre, protégeme

la fidelidad del amor — el amor que no abandona

El jardín

Dijo la celosía:

apóyate en mí; dame alegría.

*He sido árbol, madera,
trozo afilado en los sueños de un ebanista.
Puedo instruirte en las cosas del mundo.*

*Tamizaré los rayos de sol
para que no te quemen
y te protegeré de la lluvia
y los días de viento.*

*Cuando llegue mi hora,
me cubrirás completamente con tu verde manto
y me enterrarás entre tus hojas.*

*Y la enredadera asintió, callada,
desplegando sus ramas.*

*Crecería a su sombra
hasta hacerse densa y fuerte.*

*Y al llegar el momento,
tejerá con sus raíces
el sepulcro de la celosía.*

*Allá,
en lo más profundo de su corazón.*

Podéis verlo como yo

Ahí le veis, encorvado por el peso de los años; en una mano el bastón y en la otra un ramillete de claveles blancos. Ahí le estáis viendo, cómo camina trabajosamente entre el laberinto de mármol, flanqueado por un mar de cruces erguidas.

Él echa de menos las largas jornadas en las que parecía que nada pasaba, pero todo ocurría. Recuerda también cuando los sentimientos dejaron paso a la férrea voluntad de amar; la rueda de la vida siguió girando, y a partir de ahí, entre alfileres, hicieron una madeja tupida que no se quebró hasta la muerte de ella.

Se ha acostumbrado a visitarla todos los primeros días de noviembre, cuando ya las tardes caen deprisa y el frío cuaja las gotas de lluvia. Cuando ella murió, él se convirtió en un fantasma, y deambulaba entre las cuatro paredes de su casa, esperando encontrarla detrás de las

esquinas. La angustia dejó paso al dolor, llegando la tristeza como un manto que abarcaba todo. Con los años, aprendió a vivir solo, pero en la soledad compartida de aquel que sabe amar.

Mientras tanto, él habla de sus hijos, de cómo van los nietos; cuenta una por una las historias que le llegan de paso, y se lamenta de no poder afrontar con ella todo lo que le ocurre. Nunca pudo decir adiós; como esta tarde, siempre se despide con un hasta mañana.

Podéis ver cómo ahora se levanta y se santigua; cómo recoge su sombrero y lo cala hondo, hasta ser de nuevo una sombra que gira sobre sus pasos, y recorre de vuelta el camino que se pierde más allá de este camposanto.

Sí, podéis verlo como yo: él sigue amando. Os lo dice aquella que escucha sus oraciones y sabe cómo es su corazón. Os lo dice aquella que no espera, porque ya ha llegado. Os lo dice la que ha muerto y anhela encontrarse de nuevo con él, su amado, antes de vivir para siempre.

Nomeolvides

Hoy estás sentada en un banco del parque, apoyada en tu bastón, mirando fijamente a ninguna parte.

Pareces ensimismada en algún recuerdo y tu semblante se ha puesto triste. Debes tener bargueños enteros de vivencias, llenos de cajoncitos estancos que de vez en cuando abres para ti.

El que has abierto hoy huele a hojas secas de otoño, a bufanda deshilachada, a pañuelo de seda azul.

Ya un ramito de nomeolvides en el ojal de la tarde.



CAPÍTULO 7

Madre, elígeme

la sinfonía de la vida — decidir

La lluvia toca el piano sobre todas las aceras.

*Y a cada uno que escucha la sinfonía de sonidos
—en forma de gruesas gotas, o chirimirí de rocío fresco—,
chocando rítmicamente en el fondo del corazón,
le suena diferente.*

*Como aquella chica que mira a través de los cristales,
preguntándose cómo ha podido dejar
que sus sueños se le escapasen
como arena entre los dedos;*

*o aquella que luchó y fracasó,
y ahora el agua lava las heridas
susurrándole al oído que tiene derecho a ser feliz.*

*O aquella que amó con esperanza,
y sirvió hasta el anochecer de su vida,
sonriendo.*

Romance del Tesoro

*Amábamos sin darnos cuenta.
Tú decías que estábamos cautivos
en una enorme isla del tesoro.
Rehenes de nuestro juego prohibido
huíamos de todas las consecuencias
por el puro placer de sentirnos vivos.*

*Y un día, cayó la noche;
y una noche, sin hacer ruido,
se llevó en silencio tu rostro
y cambió de golpe mi destino.*

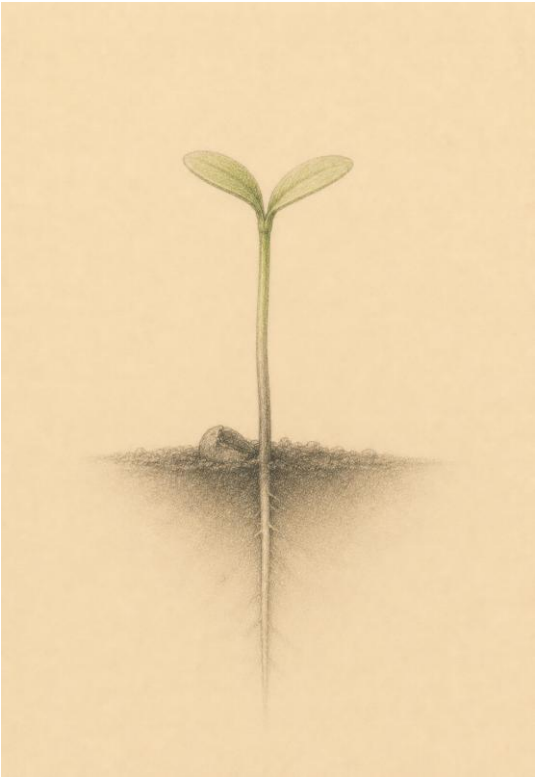
*El fruto que yo llevaba,
cómplice de nuestro cariño,
apartó tu amor de mi vida
y aclaró en verdad lo vivido.*

*Ayer también cayó la noche,
pero hoy ya ha amanecido,
y aunque anduve errante,
triste, sola por mi camino,
encontré de nuevo el amor
en la frágil figura de un niño.*

*Y veo ahora mi decisión...
¡mira en quién se ha convertido!
Aquella isla del tesoro
en que tú y yo estábamos cautivos
sigue siendo una promesa
que solamente yo he cumplido:
no hay mayor tesoro para mí
que ver crecer a mi hijo.*

* * *

*Elegir hacia dentro de ti es un acto de valentía. Porque la elección de amor
hace que el corazón se expanda —hacia afuera— como jamás imaginaste.*



CAPÍTULO 8

Madre, ámame

raíz y plenitud — lo que importa al final es amar

Mariposa de calendario

*Una mariposa,
batió sus alas encima de las sábanas blancas,
y nació yo.*

*Una mariposa,
batió sus alas encima de las sábanas rojas,
y murió Ella.*

*Y me hubiera gustado ser cualquier cosa
menos el amargo trabajo de ser yo;
y sin embargo,
una mariposa
batió sus alas encima de aquellas sábanas
y tuvo que morir Ella y nacer yo,
y quién sabe si al respirar, al pensar, de vivir,
vendrán detrás de mí mil generaciones más,*

y esa niña que irá de la mano conmigo a recoger el pan;

así que no te sorprendas si te hago una pregunta:

dime, mariposa,

hoy, en el día de mi cumpleaños,

¿hay algo que celebrar?

Breve cuento de un regalo

El sanitario de guardia se lo había advertido: es posible, señora, que haya complicaciones en el parto. Ella sonrió al doctor y se preparó encomendándose para lo que pudiera pasar. Sintió que la vida se le escapaba a borbotones por la herida. La sangre resbaló con profusión por el borde de la camilla de acero inoxidable, deslizándose entre las baldosas del paritorio. Acariciando la cabecita de su hijo recién nacido, notaba el cálido abotargamiento que precede a la inconsciencia. Se fue susurrando palabras de amor, mientras esperaba dulcemente el acontecer inevitable de la muerte.

Aquí estoy, ensimismado, analizando la frágil consistencia de mis recuerdos. Veo un niño criado por muchas manos abiertas, por muchas voces extrañamente familiares. Veo expresiones de ternura y tristeza en rostros difusos que me observan, admirándose de cómo me parezco a ella... Veo a un hombre erguido, serio, esculpido en el claroscuro de la habitación, soportando estoicamente el peso invisible del dolor. Y me

veo —el llanto reflejado en el espejo—, al darme cuenta por fin del sacrificio: su vida por la mía.

La infancia recluida en el oasis de la inocencia dejó paso a la creciente curiosidad de las preguntas urgentes, sin posibilidad de respuesta, y a la rebeldía indomable que persigue el valor sagrado de la libertad. Fueron tiempos difíciles en los que la personalidad se forjó a golpes de ausencia. El regalo de la vida se convertía en responsabilidad no elegida y una absurda culpa se empozaba en el fondo del alma.

*¿Por qué me hiciste cargar con la responsabilidad de tu sacrificio,
mamá?*

Soñé muchas veces que me presentaba, anciano ya, delante de tu tumba. Creía que nada era suficiente para compensar el amor de tu entrega. Pero con el tiempo me di cuenta que mi corazón sólo podía ofrecerte un simple ramillete de claveles blancos. Tus favoritas. Gracias a esas flores, abrí la melancólica puerta de mi pasado en busca del sentido de mi vida.

Tu regalo no era sólo para mí, madre.

Comprendí la generosidad de tu elección: la tragedia de la muerte, convertida por amor en semilla que brota y se multiplica en el tiempo, repartiendo vida a lo largo de generaciones. Quizá yo no fuese el beneficiario final de tu regalo. Quizá fuera tan sólo el primer eslabón de

la cadena que forjaste con tu sacrificio. Elegiste vivir en nosotros con tu tributo de amor. Y yo también soy el testimonio de ello.

Tu regalo también es para ellos.

Recupero la compostura por el revoloteo incesante de mis hijos, exigiéndome atención a sus juegos. Nos hemos reunido toda la familia en torno a papá en la casa del campo, y huele a mantel recién puesto y a risas jóvenes. Y noto que ha sido en el verano de mi vida cuando al fin, he sido consciente de tu legado de amor.

¡Gracias, mamá!



CAPÍTULO 9

Madre, espérame

Di Sí a la vida — la espera activa

En las páginas del libro de la Vida me encuentro.

Habito escondido, al acecho de que tú me leas.

Soy como una letra pegada al margen;

muchas veces he pasado delante de ti

y no me has mirado.

Un día abriste la puerta de tu corazón

—ese lugar precioso donde yo quiero respirar—

y ya no tengo sitio donde esconderme.

No puedes ignorarme, aunque lo desees;

he aprendido a conjurarme en tus pequeñas cosas

haciéndolas mías, y ahora dependo de ti.

Cuando por fin te fijas

en la esperanza ínfima de mi naturaleza,

yo te daré a cambio lo máspreciado que se puede desear,

aunque tú aún no te des cuenta.

Entonces, existiré también gracias a ti, mamá.

Calma

Noche cerrada.

Arrancas el coche camino Bosque, para volver a los amaneceres. Siempre igual: acabas volviendo al punto de partida, pero con la expectativa de disfrutar de la salida del sol como si fuera la confirmación de una promesa, después de una oscura noche sin luna.

No importa que creas que esta canción ya la has oído muchas veces: cada vez que la escuchas, suena diferente; no importa que tiritas de frío cuando el rocío helado lame tu cuerpo, porque sabes a ciencia cierta que los minutos traerán la gloria y resurrección. Aquí no cabe la incertidumbre, pero sí la esperanza de cómo te sorprenderá la belleza, igual que el reflejo del alma en el pecho del que amamos. Luego, juegas a detener la brisa e imaginas un rostro al otro lado de tu vida, sonriendo.

Tímido al principio, vacilante; empeñado en hacerse esperar a tonos naranjas, el espacio llama a la puerta del tiempo, y le ruega calma. Vuela en raso el perfil de la mañana, y gira dándose de bruces con el horizonte. La luz hace posible que todo tenga sentido desde el principio de un nuevo día.

Sale el sol.



EPÍLOGO

El porche de mis sueños

Me he quedado sentado en el porche de mis sueños, balanceándome en el columpio de madera, mientras violines de agua repicaban sus notas en las escaleras. Quería que ese momento fuese perfecto. Y entonces, sin previo aviso, has pasado tú corriendo bajo la lluvia, empapada de vida.

Por un momento perfecto, me he quedado sentado en el porche de mis sueños.

Canción de cuna para Pilar

*Hay tambores en tus ojos azules, Pilarcita,
y cometas de viento jugando en tu pelo,
y en la orilla preciosa de tu sonrisa
luciérnagas brillantes alzando el vuelo.*

*Ahora que nos envuelve la noche en su manto,
niña mía, y estrellas son ángeles
custodios del firmamento,
me hablarás de cómo se ha portado contigo el día
y me pedirás por favor que te cuente un cuento.*

*Así, sin darte cuenta, vas quedándote poco a poco
rendida. Tus párpados juegan al juego de ser
el escondite perfecto.*

*Susurro mis últimas palabras. Mis dedos,
en rítmica melodía, tamborilean en tus mejillas,
antes de darte un beso.*

Alas

*Cuando llegue mi hora, mis brazos serán alas;
viajaré mecido por la fresca brisa de la mañana.*

*Rizaré tirabuzones blancos en nubes de plata
mientras el sol y el viento acarician mi cara.*

*Volaré con los ojos abiertos: abajo montañas;
o quizá navegue despacio sobre mares en calma.
No habrá dolor, ni tampoco tormentas extrañas;
sólo el amor de quienes he querido me acompaña.*

*Y surcaré libre el cielo, cantando canciones pasadas;
me harán cosquillas en el pelo las gotitas de escarcha,
y gaviotas serán pasajeros en mi avión de esperanza.*

*Porque cuando llegue mi hora, mis brazos,
(como los tuyos, los tuyos también)...
... serán alas.*

Un beso fuerte, mamá.



NOTA DEL AUTOR

Mamá, me miraste antes de siquiera conocerme. Sólo fui semilla en tu regazo, y aun así me diste el mejor regalo del mundo: mi vida. Y no encuentro palabras suficientes para agradecértelo. Ese niño ahora es un hombre y está rodeado de pequeñas y grandes mujeres que le han enseñado —como tú, mamá— el inmenso don, valor y responsabilidad que supone ser madre.

Este libro es para todas las mujeres que están aprendiendo a mirar. No juzga ningún camino; solo acompaña a quien quiera dejarse acompañar.

A mi madre biológica, Pilar.

A mi madre adoptiva, Soledad.

A mi mujer, Estela.

A mis hijas e hijos.

Índice

Capítulo 1 — Madre, mírame	1
<i>Yo no sé qué sueñan los no nacidos...</i>	1
<i>La Plaza de los Pasos Perdidos</i>	2
Capítulo 2 — Madre, óyeme	5
<i>Soy pequeñito...</i>	5
<i>Noche en vela</i>	6
<i>Amar en tiempos de cólera</i>	7
Capítulo 3 — Madre, comprendeme	9
<i>Cómo jugar a ser brizna de hierba</i>	9
Capítulo 4 — Madre, concócame	13
<i>Soy arena de roca...</i>	13
<i>Ella y él</i>	14
Capítulo 5 — Madre, perdóname	17
<i>Te pido perdón...</i>	17
<i>Agenda</i>	18
<i>Veinte minutos</i>	19
Capítulo 6 — Madre, protégame	23
<i>El jardín</i>	23
<i>Podéis verlo como yo</i>	25
<i>Nomeolvides</i>	26
Capítulo 7 — Madre, elígeme	29
<i>La lluvia toca el piano...</i>	29
<i>Romance del Tesoro</i>	30
Capítulo 8 — Madre, ámame	33
<i>Mariposa de calendario</i>	33
<i>Breve cuento de un regalo</i>	34
Capítulo 9 — Madre, espérame	39
<i>En las páginas del libro...</i>	39
<i>Calma</i>	40
Epílogo	43
<i>El porche de mis sueños</i>	43
<i>Canción de cuna para Pilar</i>	44
<i>Alas</i>	45

Madre, mírame

© Miguel Monte Real, 2026

Edición digital — gratuita

Esta obra se distribuye libremente en formato digital bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0). Puedes compartirla citando al autor, sin uso comercial ni modificación.

Edición impresa — precio asequible

El precio de venta cubre los costes de impresión y distribución a través de Amazon KDP, manteniéndose lo más bajo posible para favorecer la llegada del libro a quien pueda necesitarlo.

Apoyo voluntario al autor

Si el libro te ha llegado y deseas apoyar de forma voluntaria al autor, puedes hacerlo en paypal.me/MiguelMonteReal.

Primera edición: 2026

ISBN: 9798197145208

Ilustraciones a carboncillo generadas con DALL-E bajo dirección del autor.

Para usos del contenido: miguelmonterreal@gmail.com

Impreso bajo demanda por Amazon KDP.

*Yo no sé qué sueñan los no nacidos.
Encadenados a la retina de lo invisible,
deletrean impávidos el repicar de la lluvia
en las ventanas.*

Madre, mírame
es la voz del hijo que aún no nace,
dirigida a la madre que aprende a sentir
lo que crece dentro de ella.

Nueve capítulos en clave íntima:
*mírame, óyeme, compréndeme, conóceme,
perdóname, protégeme, elígeme, ámame,
espérame.*

Poemas, microcuentos breves e ilustraciones
a carboncillo. Un libro corto que se lee en
una tarde y se vuelve a leer cuando hace
falta volver al silencio.

* * *

*Este libro es para todas las mujeres
que están aprendiendo a mirar.*

*No juzga ningún camino;
solo acompaña a quien quiera
dejarse acompañar.*